



FRAY LUCIANO NAVARRETE.

Fué este fraile mercedario uno de los personajes más notables de la revolución en la provincia de Michoacán, de la que casi nunca salió durante la guerra de Independencia.

Nació en el pueblo de Tzacapu, perteneciente al Obispado de Valladolid, y pocas noticias se han publicado acerca de sus primeros años y de sus estudios hasta recibir las órdenes sagradas é ingresar en la religión de Nuestra Señora de la Merced: sin embargo, es probable que con motivo de las publicaciones que se están haciendo á causa de la celebración del Centenario de la Independencia se tengan algunas nuevas noticias inéditas de este guerrillero.

Se lanzó á la revolución desde los primeros días de ella, al grado que de él se dice que en Octubre de 1810 tuvo la comisión de llevar al cerro de las Bateas, donde fueron sacrificados, los españoles que formaban la segunda remesa despachada por Hidalgo en Valladolid. Salido el Generalísimo de esa ciudad, Navarrete se dirigió á su tierra natal, donde, debido á sus relaciones, organizó una guerrilla que desde los primeros días empezó á dar qué hacer á los ejércitos realistas: con esa guerrilla entró á Pátzcuaro y Zamora y revolucionó todo el Occidente de Michoacán, escoltó á Hidalgo cuando de Valladolid se dirigió á Zamora en camino para Guadalajara, y estuvo en acecho de los movimientos de Cruz, así como también concurrió á la batalla de

Urepetiro; desbaratada pero no aniquilada se volvió á reunir casi inmediatamente. No concurrió á la batalla del Puente de Carderón por causa de la dispersión que había sufrido, sino que quedó en Michoacán, donde pocos meses después reunía un buen número de soldados, y unido á Muñiz, Torres, Huidobro, etc., y bajo las órdenes de Licéaga y de Rayón, amenazaba á Valladolid (Mayo de 1811), que con dificultad resistió los diversos ataques de que fué objeto durante Junio y Julio de ese año; en el último de ellos ya los insurgentes eran casi dueños de la población, pero la rivalidad entre Muñiz y Anaya, de que ya se ha hablado, frustró la ocupación. En el mes de Septiembre, el realista Castillo Bustamante, unido con Don Antonio Linares, decidió hacer una expedición para acabar con las fuerzas de los Mariscales Muñiz, Torres y Navarrete, y aunque consiguieron derrotar á los tres, la resistencia que los dos últimos le opusieron en Zacapú los hizo retroceder á Pátzcuaro.

Libre de enemigos por algunos meses, se ocupó de fortificar á Zacapu, lugar que por su naturaleza era defendible, y al que hizo centro de sus operaciones, sobre todo, cuando de atacar á Valladolid se trataba, como sucedió en Enero de 1812, en que Albino García intentó apoderarse de la ciudad; éste fué derrotado por Linares, que se adelantó al movimiento combinado de los insurgentes, pero el padre Navarrete, avisado á tiempo, retrocedió á Jaujilla, hasta donde fué á atacarlo Linares, pero á su vez fué rechazado, perdiendo más de cuarenta hombres, pues los heridos que no murieron fueron asesinados por los indios de Jaujilla. En el resto del año de 1812, ocupados los realistas en la persecución de Morelos, desatendieron á Michoacán, que quedó en poder de los insurgentes, cuyos jefes se reunieron en gran cantidad á la voz del Dr. Verduzco para atacar aquella ciudad; el padre Navarrete no podía faltar, pero mal dirigida la expedición por la ineptitud de Verduzco, fué derrotada, á pesar de los cuantiosos elementos que se habían reunido para ella. Navarrete no sufrió pérdida de nin-

guna clase, por haberse quedado al otro lado del Río Grande. (Enero de 1813).

Vuelto á Zacapu, el Coronel Montaña trató de perseguirlo, y en el camino se encontró á los Vocales Rayón y Verduzco, que estaban arreglando sus diferencias y tuvieron que huir por distintos caminos; esta circunstancia, ocurrida en Febrero de 1813, hizo que Navarrete fuese dejado en paz y que en el resto del año asumiese la ofensiva contra las partidas realistas que se aventuraban por esa parte de Michoacán. Al último ataque que se dió á Valladolid, y que fué ordenado por Morelos, concurrió también el padre Navarrete, quien estuvo situado en la garita del Zapote, y según su biógrafo, Don Mariano de Jesús Torres, tuvo la culpa de la confusión que hubo en el campo insurgente. "Cuando estaban en lo reñido del combate,—dice—las tropas insurgentes con las realistas que habían salido de la ciudad á atacarnos, siendo llegada la noche, y cuando ya las sombras cubrían el campo, sin que pudieran distinguirse los combatientes unos á otros, asomó Navarrete por el costado izquierdo hacia el campo de Matamoros: ni uno ni otro tenían la debida noticia y rompieron el fuego creyéndose enemigos; algunos dragones ebrios subieron por el costado derecho, se hizo general la confusión y no permitiendo la obscuridad distinguirse, se mataron los independientes entre sí con un furor rabioso, cual no se había visto en batalla alguna."

Si antes de la derrota con trabajos había obedecido Navarrete á la Junta de Zitácuaro y al Congreso, después de ella casi jamás se volvió á acordar de él, no obstante que lo benefició dándole el mando de la gente que había sido de Muñiz; no por haber aumentado su fuerza pudo emprender campañas más formales, y la única digna de mención es la que emprendió en unión de Sáenz y de Torres contra el pueblo de la Piedad en los días 24 y 25 de Octubre, en la que redujeron á la última extremidad á los realistas; Iturbide se encargó de quitarles los bríos y los persiguió tan tenazmente, que consiguió desbaratar á éste y obligarlo á huir lejos de Zacapu. El Con-

greso quiso utilizar entonces sus servicios llamándolo cerca de sí, pero lo desconoció, influenciado por Cos, y entonces aquel Cuerpo hizo que Navarrete fuese aprehendido y conducido á los calabozos subterráneos del Atijo, (Enero de 1815) donde estuvo preso durante varios meses. A poco tiempo Cos le fué á hacer compañía, pues allí sólo estaban encarcelados sacerdotes.

Era aquel punto, una montaña aislada, situada en una llanura de Michoacán, que por su elevación goza de buen clima, aunque rodeada de países calientes, ofreciendo mucha oportunidad para la defensa. Por esta circunstancia y por lo muy distante que estaba en todas direcciones de las partidas realistas que pudieran perseguirlo, resolvió Morelos fortificar aquel punto y establecer la maestranza para hacerse de artillería y armas, reuniendo y organizando los dispersos que se le presentaran, y aprovechando unos socabones antiguos que había en la montaña, quizá restos de trabajos de mina ya olvidados, hizo de ellos bartolinas para los eclesiásticos que quería castigar. En sendos calabozos fueron encerrados el padre Navarrete y el Dr. Don José María Cos, donde pasaron mil sufrimientos é incomodidades, pues una vez que se metía allí á los presos, tapaban la boca de los socabones con pared de mampostería, dejando un agujero por el cual les introducían la comida, que era siempre muy escasa, y de cuando en cuando solían abrir la puerta de la entrada para que se ventilase algo el socabón, volviendo á cerrarlo: de manera que los individuos encerrados allí, se hallaban privados de toda comunicación, por ser aquel un lugar desierto.

La fuerte división intestina producida entre los insurgentes con motivo de la prisión en la hacienda de Santa Efigenia de los individuos que componían la Junta subalterna que había quedado en Taretan, cuando el Congreso emprendió su marcha para Tehuacán, y la disolución de esa Junta, que dió margen á la de Jaujilla, así como el establecimiento de ésta, ocasionaron que el General Rayón quisiera entonces hacer valer sus derechos como Presidente de

la antigua Junta de Zitácuaro; entraron en confusión los insurgentes, que llegaron á las manos, y entonces se presentó una oportunidad tanto al Dr. Cos como al padre Navarrete para salir de los calabozos de Atijo, pues el Alcalde que los vigilaba huyó con ellos.

La muerte de los principales caudillos de la revolución; el indulto á que varios jefes insurgentes se acogieron; el cansancio de los pueblos con la exacciones y destrozos de cerca de diez años de una guerra constante y devastadora, todo esto hizo que la revolución hubiera ido decayendo, al grado que en 1820 ya aparecía casi extinguido el fuego de la revolución. En Michoacán se encontraba dividida en varias secciones las tropas independientes que operaban en su territorio; pero la tenaz persecución que les hacían las tropas realistas las pusieron en tal situación, que no les quedó otro remedio más que el indulto. Presentáronse á pedirlo Don Mariano Tercero, Vocal que había sido de la Junta; Don Juan Pablo Anaya, Mariscal de campo; el padre Carvajal y el padre Navarrete, así como gran número de brigadieres y generales cuyo indulto les fué concedido por el Gobierno.

Desde entonces no vuelve la historia á mencionar al padre Navarrete, que siguió viviendo pacíficamente en Valladolid y á quien alcanzó la vida para ver realizada la Independencia de México. Después de la agitada vida que llevó durante ocho años, y de tantos episodios como tuvo en su existencia, murió en la obscuridad, y ni aun la fecha de su muerte puede fijarse.
